



El asesinato de la profesora de religión

+8

autor

Joaquín DHoldan

Ilustraciones

Ana Strauss

EDITORIAL WEEBLE



© 2015 **EditorialWeeble**

Autor: Joaquín DHoldan
Ilustraciones: Ana Strauss

<http://editorialweeble.com>
info@editorialweeble.com

Madrid, España, noviembre 2015



Licencia: Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-CompartirIgual 3.0
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>

Autor

Joaquín DHoldan

Joaquín DHoldan nació en Montevideo, Uruguay en 1969. Es escritor y dramaturgo.

Ha escrito varias novelas y libros de cuentos. Entre sus obras de teatro "Fantasmas bajo mi cama" y sus "Cuentos con Sentidos" exploran el mundo con ojos de niño.

Escribe para varios medios sobre música y cultura. Conduce el programa de radio en FM "Diálogos Comanches". En noches de luna llena se convierte en Odontólogo.

Este es el segundo libro que publica con nuestra editorial, tras el éxito de OVNI, y estamos encantados de que siga colaborando con nosotros.

Email de contacto:

joadoldan@gmail.com



La ilustradora

Ana Strauss

Ana nació en 1977 en México. Es escritora y artista plástica. Dibuja desde que recuerda. Y lee desde que aprendió a leer.

Este es el primer libro que ilustra Ana para nuestra editorial y esperamos que no sea el último.

Email de contacto: juegapetalo@gmail.com



La editorial

EditorialWeeble

EditorialWeeble es un proyecto educativo abierto a la colaboración de todos para fomentar la educación ofreciéndola de una forma atractiva y moderna.

Creamos y editamos libros educativos infantiles divertidos, modernos, sencillos e imaginativos. Libros que pueden usarse en casa o en la escuela como libros de apoyo.

¡Y lo mejor es que fueran gratuitos! Por ello publicamos en formato electrónico. Queremos hacer accesible esta nueva forma de aprender.

Apostamos por el desarrollo de la imaginación y la creatividad como pilares fundamentales para el desarrollo de los más jóvenes.

Con nuestros libros queremos rediseñar la forma de aprender.

Si quieres saber más de nosotros, visítanos en:

<http://editorialweeble.com>

Un saludo, el equipo de **EditorialWeeble**



Tres vecinos y un curso de catequesis los sábados por la mañana

Hay historias enigmáticas, problemáticas, sintéticas y analíticas. Algunos cuentos son de miedo, de suspense, románticos o históricos. Muchas narraciones traen consigo un mensaje o una moraleja, una enseñanza o una conclusión que luego sirve para aplicar a la vida real. Bueno, os voy a contar algo diferente a todo esto.

Esto no es una fábula, ni un cuento de ficción. Esto es un recuerdo. Admito que el tiempo lo puede haber deformado en mi memoria y quizás no haya sido tan así como lo voy a contar.



La culpa de todo la tuvo mi amigo Daniel, más conocido como “el Cabeza”, no busquen una explicación por el lado de la inteligencia, en mi barrio no somos tan rebuscados, a “el Cabeza” le decimos así porque tiene un cráneo gigante, con tremenda mata de pelos llenos de rizo que lo hace aumentar todavía más el volumen y queda desproporcionada con su cuerpo mucho más flaco que el mío. Admito que yo no soy flaco, es más, me conocen como “el Gordo” Gustavo. Sé que no está bien, pero habrán oído eso de: “los niños son muy crueles”.

Pero bueno, vayamos a la historia verídica, que como decía, es responsabilidad de mi amigo Daniel. También habrán escuchado por ahí que la culpa no existe y es correcto hablar de responsabilidad, como sea, de no ser por el atolondrado de mi compañero, yo no estaría condenado al infierno, o lo que es lo mismo no tendría que pasarme el verano pintando el fondo de la iglesia de mi barrio.

El cabeza y yo nos conocimos en un grupo de catequesis, cuando tomamos la primera comunión tardíamente, con un grupo especial para niños que por alguna razón todavía no habían pasado por eso.

Mi familia es un poco católica, suena raro pero es así, mi mamá va a misa una vez al año, pero mi papá tiene una forma muy rara de catolicismo inventado por él. Critica a los curas, blasfema contra la iglesia, tiene a un santo que si no cumple lo que pide lo castiga encerrándolo en el botiquín del baño, en fin... sería para contar en otro libro... Si lo tuviera que explicar rápido diría que somos católicos por cultura y lugar geográfico y quizás, por

pereza o por educación, no se cuestionan los ritos de esa religión. A veces creo que si fuéramos chinos seríamos budistas o si hubiéramos nacido en Arabia seríamos musulmanes. En la casa del “Cabeza” todavía es más extraño. El papá es pastor evangelista y la mamá es “Mae de Santos”, esto es una especie de sacerdotisa de una religión afro-americana. Su mamá es brasileña y vino a vivir a este pueblo hace más de diez años, poco después conoció al pastor y tuvieron a “el Cabeza”, en un parto que, imagino, sería muy complicado.



El caso es que como a “el Cabeza” le había dado por cuestionar toda la fe de sus padres, los tenía amargados. Decía que el no creía en nada, que todo era mentira, que solo creía en lo que veía, y que eran unos supersticiosos. Todo el día estaba con eso y los padres hablaron con el cura del pueblo, que era un viejito muy querido y lo convencieron para que lo ayudara en la granja que tenía detrás de la parroquia. Pensaban que así, al contacto con un hombre de fe sabio y simpático, Daniel por lo menos

aprendería a respetar la religión de otros.

Como imaginarán “el Cabeza” lo aceptó por algún interés oculto, que nada tenía que ver con la religión o con la granja de pollos y gallinas. Si Daniel no se escapó para siempre del pueblo fue porque a cambio de su trabajo y de las clases de religión lo dejaban tener acceso al órgano de la iglesia, incluso recibir clases para tocarlo. Porque aunque aún no lo dije, “el Cabeza” es el ser humano que yo conozco que más ama a la música en el mundo. Sabe absolutamente cualquier cosa sobre grupos de rock o pop, incluso conoce de folklore, country y música clásica. Se pasaba todo el día escuchando la radio, y sentía una gran frustración porque no sabía tocar ningún instrumento. Somos de un barrio humilde, para nosotros acceder a una guitarra, un piano o un órgano eléctrico, era impensable. Pero en la parroquia había un órgano enorme, con doble teclado, y la profesora de catequesis sabía tocar muy bien. La vimos por primera vez en la boda de mi hermana, todavía recuerdo cómo, disimuladamente, Daniel terminó a su lado sin apartar la vista de sus dedos acariciando las teclas para ejecutar baladas, canciones religiosas y la marcha nupcial.

Mi caso era más simple. Estaba enamorado de mi vecina Florencia. Sus padres la habían apuntado al grupo de catequesis y yo tuve la brillante idea de usar la religión como excusa para estar cerca de ella. El plan no era malo, pero “el Cabeza” lo convirtió en algo casi catastrófico.

Así fue como, durante unos meses, los sábados de mañana, en vez de dormir o mirar la televisión, Daniel, Florencia y yo, nos sentábamos en ronda con otros diez chicos y chicas a escuchar historias bíblicas, pero que muy

hábilmente la señorita Fátima llenaba de contenidos sobre la adolescencia, la fe, el fin de la niñez, el despertar a la vida adulta, el trabajo, el estudio, el futuro, y un largo listado de temas agotadores con solo enumerarlos.



La secta asesina

De los tres, solo Daniel y Florencia se veían en la semana, porque eran compañeros de Instituto. Estábamos en primer curso de educación secundaria pero al principio no nos dio por juntarnos para estudiar o cosas así. La única actividad en común, a pesar de ser vecinos, eran las clases de la señorita Fátima. Ellos iban a un instituto público y mis padres me habían matriculado en uno concertado que tenía algo de religión, por lo que entre eso, y lo que en ocasiones se hablaba del tema en mi casa, yo solía tener una idea bastante buena de los temas y las historias que había detrás. Es cierto, como he contado anteriormente, que la señorita Fátima hacía hincapié en lo que ella llamaba “los valores” más que en las historias del antiguo o del nuevo testamento. Era una mujer joven, yo creo que no llegaba a los treinta años, rubia y de ojos celestes, bastante baja, daba la sensación de que en un par de años tanto Daniel como yo la alcanzaríamos (Florencia ya la había alcanzado, no lo dije antes pero “mi chica” es muy alta para nuestra edad). La profe de religión tenía siempre una sonrisa en los labios y además una voz muy dulce, parecía una broma, pero tenía aspecto de uno de esos ángeles que aparecen en las pinturas religiosas y en las estampitas de las iglesias.

A la señorita Fátima le costó un poco darse cuenta que “el Cabeza”, no tenía ni papa de religión. Era un caso muy especial. Supongo que solo por vivir en una sociedad con historia católica, por curiosidad al haber pasado por la

puerta de una iglesia, o hasta por la tele, todos sabemos más o menos de qué va, pero mi amigo no sabía ni cuántos dioses había y como dice mi padre: “estaba más perdido que Adán en el día de la madre.”

La profesora al principio no tenía planteado hablar directamente de religión, porque suponía que quienes iban a una clase de catequesis ya creían en Dios y todo eso por lo que, cuando se dio cuenta de que Daniel no conocía la historia de Jesús, lo miró con desconcierto.

- Daniel, querido- susurró- ya no por cuestión de fe, sino por cultura, vamos a dedicar un par de clases a estudiar a varios de los llamados profetas, creo que te haría bien conocerlos.

Era una chica lista. Trajo un cuento sobre Mahoma, otro sobre Buda, explicó el concepto de mesías, siempre teniendo en cuenta que para alguien como Daniel era muy difícil creer que un hijo de Dios estuviera por acá dando vueltas.



- Vamos a contar la historia de Jesús desde dos perspectivas: primero como figura histórica y su importancia en nuestra cultura; luego hablaremos de la religión y después cada uno dará su opinión- dijo el último día.

Permítanme saltarme los contenidos. Algunos de ustedes los conocerán y otros no. Da igual, esta no es una historia sobre religión. Solo importa que sepan que cuando la señorita Fátima contó que a Jesús lo mataron y luego los cristianos afirman que a los tres días resucitó, a Daniel le cambió la cara.

Nunca entendí del todo por qué este tema le afectó tanto, supongo que porque yo ya conocía la historia desde muy chico, me fue indiferente.

Cuando a uno de mayor le dicen eso puede interpretarlo de muchas formas.

Tanto fue así que se obsesionó un poco con los detalles, recuerdo que le llamaba la atención que algunos amigos de Jesús luego no lo reconocieran, decía que seguro que resucitar proporcionaba efectos secundarios. Era un poco agotador, de hecho durante esos días apenas hablaba de música, lo cual sí que era extraño.

Al ir pasando aquellos sábados nos hicimos más amigos. Formamos una pandilla pequeña, un triángulo divertido. Soy un chico bastante inteligente, y por lo tanto se me ocurren comentarios simpáticos, además suelo entender todo a la primera, lo cual supongo que los atrajo hacia mí, Florencia además de llamativa (ya dije que es muy alta, pero además tiene el pelo largo y negro y los ojos muy verdes), es muy habladora y muy sincera. Suele decir lo que piensa a la primera, y a mí esa gente me cae especialmente bien, y Daniel... en fin, Daniel es Daniel.

Es muy difícil decir cuándo empieza una historia, quizás lo correcto hubiera sido empezar la nuestra en este momento: un sábado después de la clase nos quedamos un poco más porque la señorita Fátima iba a darle una clase de órgano a “el Cabeza”. Flor y yo nos sentamos en la primera fila de la iglesia a escuchar lo bien que tocaba y la mucha paciencia que tenía, aunque a nuestro amigo no se le daba nada mal tampoco.

Daniel y la profesora hablaban en voz baja. Mientras ella le indicaba unos acordes, noté que hablaban y en un instante miraban hacia nosotros, y sonrieron de forma sospechosa. Cuando salimos los tres “el Cabeza” dijo:

- Chicos, tengo la sorpresa del año. La profe me va enseñar a tocar rock, pero rock rock...

- Heavy metal - no recuerdo si afirmé o pregunté.



- Seguro que el cura se enfada, ¿Qué van a tocar?, ¿"Black sabbath"? ¿"El número de la bestia"? ¿"Extremoduro"? ¿Quieren que al pobre párroco le dé un infarto si sabe que KISS significa "reyes imperiales al servicio de satán"?- opinó Florencia

- Está todo arreglado, la excelente profesora sabe de rock más de lo que confiesa, se lo logré sacar gracias a mi natural simpatía. Ha quedado en prestarme discos, partituras y un pequeño teclado electrónico que tiene en su casa. A cambio de confidencialidad, discreción...y un pequeño favor...

- ¿Por qué esa pausa después de la expresión 'pequeño favor' me suena a que en esa parte estamos metidos los tres?- afirmé, (ya les había dicho que era muy inteligente).

-Bueno, ella me dijo que en el verano el cura quiere pintar la parroquia, el gallinero, el fondo y las casas comedor, incluso el albergue.

- No me digas más, quieres ayuda- sonrió Florencia.

- Pero cómo se puede ser tan...- algo me detuvo, estábamos hablando de muchos metros cuadrados para pintar, pero también de compartir un verano mano a mano con ella- Mira, me da igual, si Florencia acepta, yo acepto.

- Yo acepto con una condición. En tu grupo de rock, voy a ser la cantante.

- ¿No sabía que cantabas? - dijo Daniel deslumbrado.

- Y me gustaría que Gustavo tocara la batería- agregó.

- ¿No sabía que tocaras la batería? - comentó Daniel mirándome fijo.

- No lo sabías porque no he tocado una batería en mi vida- afirmé desconcertado mirando a Florencia.

- A ver, chicos, Daniel aprende a tocar rock, nos enseña a nosotros y formamos un grupo. Luego hacemos canciones, damos conciertos, nos



vamos de gira por el mundo...

(Vale, vale, se habrán dado cuenta de que Florencia tiene una capacidad infinita para soñar despierta y hacer planes disparatados que

en su boca suenan posibles, pero vayamos a la historia central).

Un par de días después quedamos para ir a la casa de la profesora al atardecer a buscar el famoso teclado y todo ese material que nos haría famosos en el futuro. Al llegar y llamar a la puerta nadie respondió. Como ya conozco la forma de funcionar de “el Cabeza” le dije:

- Cabeza, tuvimos que tomar dos autobuses distintos para llegar acá. Te aseguraste de que la señorita Fátima estuviera, ¿verdad?
- Ella dijo que podía pasar cualquier día... que ya veíamos...
- ¿Qué ‘ya veíamos’? ¿Y vieron o no vieron? – pregunté.
- Me dijo que cualquier día.

- ¡No! Te dije que 'lo veían' y como debe ser una persona normal, si no quedó en nada seguro ni está en casa, así que nos vamos a coger de nuevo esos autobuses para ver si logramos llegar antes de medianoche a casa y mis padres no me matan.

Me alegré de que Florencia no hubiera podido venir. Pero eso fue solo el principio, más me alegré con lo que pasó después. Como Daniel es más terco que una mula quiso asegurarse de que no hubiera nadie en la casa, así que saltó un muro y entró al patio trasero. Sé que no están bien esas cosas, pero él es así, hace y luego razona, es lo contrario a lo que dijo el filósofo ese de "pienso, luego existo". Cuando apareció su enorme cabezota del otro lado del muro, con los ojos saltones y los rizos más alborotados que nunca, supe que algo iba mal.

- Gordo, tienes que ver esto- susurró.

No soy muy atlético, así que después de sufrir un poco me vi escondido con él detrás de unas plantas del jardín mirando el salón de nuestra profesora de religión. Y es cierto que si no lo hubiera visto, no lo hubiera creído. El salón estaba vacío de muebles, solo había en medio un gran espejo, había velas por todas partes y una estrella pintada en el suelo. Vimos a seis personas con túnicas negras y capuchas cantando una canción extraña. Un frío me recorrió la espalda. Susurré un "vámonos". Pero Daniel no apartaba la vista del espectáculo. De repente, de lo alto de una escalera aparecieron dos encapuchados más llevando a la señorita Fátima con un vestido blanco, atada por las manos y con cara de miedo.

- ¿Qué hacemos?- dije.

- Nada, son una secta satánica y creo que van a hacer un sacrificio

- Pero esto es una locurr...

Iba a seguir protestando, pero a la profesora le dieron de tomar algo extraño y cayó redonda contra el espejo, que se hizo añicos en el suelo. Hubo un poco de desconcierto, incluso entre ellos, creo que no esperaban un veneno tan efectivo.



- La mataron- dijo "el Cabeza" con voz demasiado alta.

Miré un buen rato y vi que en efecto nuestra profe no se movía de entre los miles de pedazos de espejo.

Uno de los encapuchados miró hacia la ventana y casi es lo último que recuerdo porque Daniel me agarró del brazo y salió volando conmigo a rastras y no paró de correr sin hablar hasta que estuvimos a salvo en el autobús de vuelta a casa.

Y al tercer día...

Todo eso sucedió un miércoles. Al día siguiente busqué una excusa para no ir a clase (cuando uno es un buen alumno y rara vez falta, es bastante fácil decir que te sientes mal y quedarse en casa). No podía pensar, pero tenía claro que había que ir a la policía y denunciar lo que habíamos visto, y eso le dije a Daniel por teléfono esa misma tarde, aunque por una vez “el Cabeza” tenía razón, antes debíamos asegurarnos de que habíamos visto lo que suponíamos haber visto. ¿Y si se había desmayado del susto y la tenían secuestrada? ¿Y si metíamos a la policía en esto y los secuestradores la mataban? Como sea, mi amigo a veces es muy convincente así que el viernes de tarde volvimos a la casa de la profesora de religión. Entramos por el fondo y encontramos la puerta de atrás mal cerrada, así que fue fácil acceder a la casa. Estaba vacía, tal y como la habíamos visto: “limpiaron la escena del crimen”, susurró Daniel que es muy aficionado a la novela negra (sobre todo a partir de esta aventura). Revisamos un poco el lugar y el susto fue mayúsculo cuando en la escalera descubrimos un chorretón de sangre. “Madre mía, la desangraron”, no pude evitar decirlo en voz muy alta. Estaba hipnotizado por la marca roja en la escalera de madera, era mucha sangre, demasiada. Cuando se lo iba a comentar a Daniel, ya no estaba a mi lado. En un instante se me congeló el cuerpo, susurré su nombre, me di la vuelta lentamente, bajé dos escalones, atravesé el salón vacío, y lo encontré parado de espaldas frente a un televisor.

- Casi me muero del susto- reproché.



- Mira esto- contestó sin mirarme, y tocó una cámara que había conectada a la tele. Por lo visto alguien había grabado todo, el ritual, los encapuchados, las velas, la señorita Fátima bajando con el vestido blanco, sus ataduras, la pócima y el tambaleo y cuando se desplomó contra el espejo. Una pausa. Uno de ellos miró hacia algún lado, supongo que hacia la ventana en la que estábamos y salió del plano de la cámara, a perseguirnos imagino (un nuevo temblor me sacudió la espalda), y luego vimos todo lo que pasó. Agarraron el cuerpo de la profesora, lo revisaron, tenía tremendo corte en la cabeza, y otro en el brazo, y así sangrando se la llevaron entre cuatro encapuchados

para arriba por la escalera. Había sangre por todos lados, el vestido le quedó casi rojo, y uno de los encapuchados se acercó a la cámara y la apagó.

Nos quedamos inmóviles frente a la pantalla blanca.

- ¿Qué hacemos?

- No sé.

Sin hablar, nos fuimos por donde vinimos. Por segunda vez en la semana hicimos el recorrido inverso, hasta nuestras casas, en silencio.

- Por si necesitamos pruebas, me traje esto- me dijo Daniel al despedirse y de su bolsillo sacó la cámara de filmación.

Al día siguiente por la mañana salí decidido para buscar a mi amigo y decirle que ya estaba bien.

Iríamos con la cámara a la policía y listo.

Como era sábado se suponía que tendríamos clase de religión, así que fui hasta el salón de la parroquia. Imaginaba que estarían todos los alumnos fuera, esperando inútilmente que llegara la profesora, ese sería un buen momento para que “el Cabeza” y yo nos apuntáramos la medalla de ser los que reveláramos, con pruebas, el misterio de su asesinato. Pero para mi sorpresa no había nadie en el patio, era un poco tarde, y sentí un nuevo escalofrío.

En el salón de clase estaban todos los chicos sentados y atentos. Y frente a ellos, intacta, sin un solo corte en la cara o los brazos, la señorita Fátima, muy seria dando su clase de religión.

En un costado estaba Florencia tomando notas de lo que ella decía. En el asiento de delante estaba Daniel, serio, pálido y sin moverse. A su lado había

un asiento vacío y yo aproveché cuando se giró a la pizarra para deslizarme hasta él.

Cuando me senté a su lado, Daniel me miró inexpresivo, tenía los ojos desorbitados como quien se había llevado el susto de su vida. Creo que estaba más asustado ese día que cuando vio el crimen.

En un momento se me acercó y dijo en voz baja:

- Ha resucitado.

El enigma de la resurrección

Después de la clase de religión y antes de su clase de música, Daniel, Florencia y yo nos reunimos en el patio de detrás de la parroquia. En pocos minutos, interrumpiéndonos y saltando algunos detalles vergonzosos, como la huida cobarde de la escena de un crimen, pusimos al día a nuestra amiga, que nos escuchaba con más sorpresa que miedo.

- Y ahora, sin explicación racional, la profesora de religión está ahí, dando clase.

- Bueno, lo que pasó en todo caso fue que no la asesinaron- dijo Florencia con mucha lógica.

- Lo pensé, y eso explica que está viva, pero no que esté ilesa- dije tratando de razonar en voz alta.

- Estoy seguro. La asesinaron, se hizo un gran corte en la cara y otro en el brazo cuando se cayó contra el espejo y quedó inmóvil y desangrándose y - puso cara de listo- nunca la llevaron a ningún hospital cercano.

- ¿Has llamado a los hospitales?- preguntó ella sorprendida.

- Fue fácil haciéndome pasar por un amigo preocupado. No llegó nunca a ninguno, mi teoría es que se murió, y ahora resucitó, ilesa y angelical.

- Pero, vamos a ver “cabecita”. ¿Insinúas que la profesora es una mesías?

- No necesariamente. Está lo de Lázaro, ¿se acuerdan? Levántate y anda- dijo Florencia sin pestañear.

- Eso mismo, por ejemplo. Y luego hay otras religiones, por ejemplo el Vudú- Daniel sacó un papel doblando de su bolsillo trasero y lo desplegó con cuidado, mirando hacia los lados. -Miren, por lo visto ellos pueden hacer revivir a los muertos con unos rituales mágicos.

Nos mostró un artículo que había impreso de una página de Internet, como si nos estuviera mostrando “El libro de las verdades universales” (que supongo tampoco existe).

- Dani, yo te aprecio y también estoy desorientado, pero según esta teoría tuya y lo que dice aquí, la profesora es un zombi.

- Sí, pero no como en las pelis de miedo- dijo sin apartar los ojos del papel - Una de verdad.

- Yo me tengo que ir a mi casa- interrumpió Florencia- Disculpen, chicos, pero no creo en nada de esto, no sé qué vieron o creyeron ver, pero la profesora está bien que es lo único que importaría en todo caso, así que yo me voy a estudiar y creo que deberían hacer lo mismo.

- Pero ¿no te entra la curiosidad?- dije.

- Me da miedo verles intentando convencerse de algo que evidentemente vieron mal, se están metiendo en un tema que yo creo no deberían meterse, así que como dije, me voy.

Y se fue, para desconsuelo de mi corazón y para que mi mente calculara que por aquel episodio había perdido varios puntos en la carrera hacia la conquista de esa chica.

- Ahora sí que la fastidié- pensé en voz alta.

- Gustavo, si quieres que alguien, incluyéndola a ella, nos crea, solo hay una forma.

- Sí, ya lo sé.

- Hay que llegar al fondo del enigma de la resurrección de la profesora.

Y así fue como nos vimos metidos, más aún, en todo este lío. Lo primero era tratar de estar cerca de la profesora resucitada, y para eso teníamos una oportunidad de oro, la clase de órgano de Daniel. Por eso entramos de nuevo al salón de la parroquia, la vimos sentada en el escritorio ordenando unos papeles, muy tranquilamente.

- Hola de nuevo- dijo Daniel con una sonrisa forzada. La verdad es que yo me quedé unos pasos más atrás. Tenía en la mano el papel que había impreso “el Cabeza”, y no podía dejar de leer esas historias macabras. Eran pequeñas anécdotas, pero había de todo para una película de miedo: muertos envenenados, tumbas abiertas, pueblos enteros que eran testigos de que veían el muerto caminando como si nada pero más tranquilo, o más agresivo, o casi sonámbulo, distinto. Había un par de fotos escalofrantes pero que en mi caso eran tranquilizadoras. La profesora tenía una cara de buena, fresca y sana que nada tenía que ver con aquellos zombis deformes. En caso de que existieran, estaba seguro de que había que descartar esa posibilidad.

Lo cierto es que ella levantó la vista, nos sonrió, pero se nos quedó mirando como si fuese la primera, o quizás la segunda vez que nos veía en su vida.

- ¿Qué necesitan chicos?

“¿Qué necesitan chicos?”, pensé, “¿de verdad dijo eso?”

- ¿No recuerda que hoy es mi clase?- dijo “el Cabeza”.

Nos dio mucho corte pero nos dimos cuenta enseguida que no tenía ni idea de lo que le estábamos diciendo.

- El grupo de rock, el teclado, mi clase de música- Daniel le comenzó a decir palabras claves para ver si su cerebro contenía esa información por algún sitio.

- Lo siento, no lo recordaba, es que tuve unos días complicados, discúlpame. ¿Te molestaría retomarlas en un par de semanas? Te las compensaré con horas extras- y mientras decía eso, sin mirarnos y sonrojada se levantó y se fue.

Nos quedamos ahí quietos mirando cómo salía rápidamente.

- Vale, eso sí fue extraño- dije.



La investigación

En la sacristía de la iglesia, el cura tenía un ordenador con internet, entramos sigilosamente y comenzamos a investigar:

El término «resurrección» [del sustantivo latino resurrectio, -ōnis; derivado del

verbo resurgo (resurrexi, resurrectum -3ª declinación): levantarse, alzarse, resurgir, renacer] hace referencia a la acción de resucitar, de dar nuevo ser o nueva vida. Sea considerada un mito, una idea o un hecho, la «resurrección» se constituyó sin dudas en un símbolo de trascendencia. Desde los pueblos más antiguos se mitificó o se pensó en la posibilidad de una «vida después de la muerte».

Decidimos ir a la casa de Daniel a mirar la grabación de la cámara. Si había algo que se nos hubiera escapado, podíamos saber por dónde empezar. Miramos el asesinato de la profesora una y otra vez. Es increíble cómo unas imágenes llegan a resultar tan familiares que ya no sorprenden. Se hizo de noche y llamé a mi casa para pedirles si podía dormir en casa de Daniel. Por suerte encontré a mis padres contentos de verme tan integrado con mis compañeros. Así que fuimos al videoclub y alquilamos tres películas, una de zombis, otra de la vida de Jesús y la tercera no llegamos a verla porque se me ocurrió mirar una vez más la filmación de la cámara. Daniel estaba en el baño y yo me quedé congelado ante lo que había descubierto. Pasaba para

atrás la escena, una y otra vez, era increíble pero era cierto. Cuando me vio con los ojos desorbitados en la pequeña pantalla, “el Cabeza” me dijo:

- Vamos a conectarla a la televisión.

- Mira esto- le dije luego. Busqué la escena, era un flash, ni siquiera había que pestañar, en los dos primeros intentos congelé la imagen un segundo tarde y ya no se veía bien, pero a la tercera lo logré. Era una imagen borrosa por el movimiento. Uno de los encapuchados giraba la cara justo cuando lo enfocaban, pero en un breve instante se podían distinguir sus facciones. Rasgos demasiado familiares como para, una vez identificados, no reconocerlos.

- ¡Es Florencia! - dijimos al mismo tiempo.

En la pantalla, con la imagen temblorosa, estaba su cara, sus ojos inconfundibles, la expresión de miedo y desconcierto. ¿Qué hacía allí, formando parte de esa secta?

- Con razón no quiso ni hablar de la resurrección- opinó Daniel.

- Estaba nerviosa y desconcertada, “Cabe”, ella es la clave de lo que pasó ese día. Vamos a buscarla, si le decimos lo que sabemos seguro que nos cuenta la verdad.

- Es imposible que ella sea una asesina. Es posible que estuviera espiándolos, o algo parecido.

Los dos decíamos cosas en voz alta, pero la verdad era que no tenía ninguna lógica lo que habíamos visto, aunque es cierto que a estas alturas nada tiene lógica.

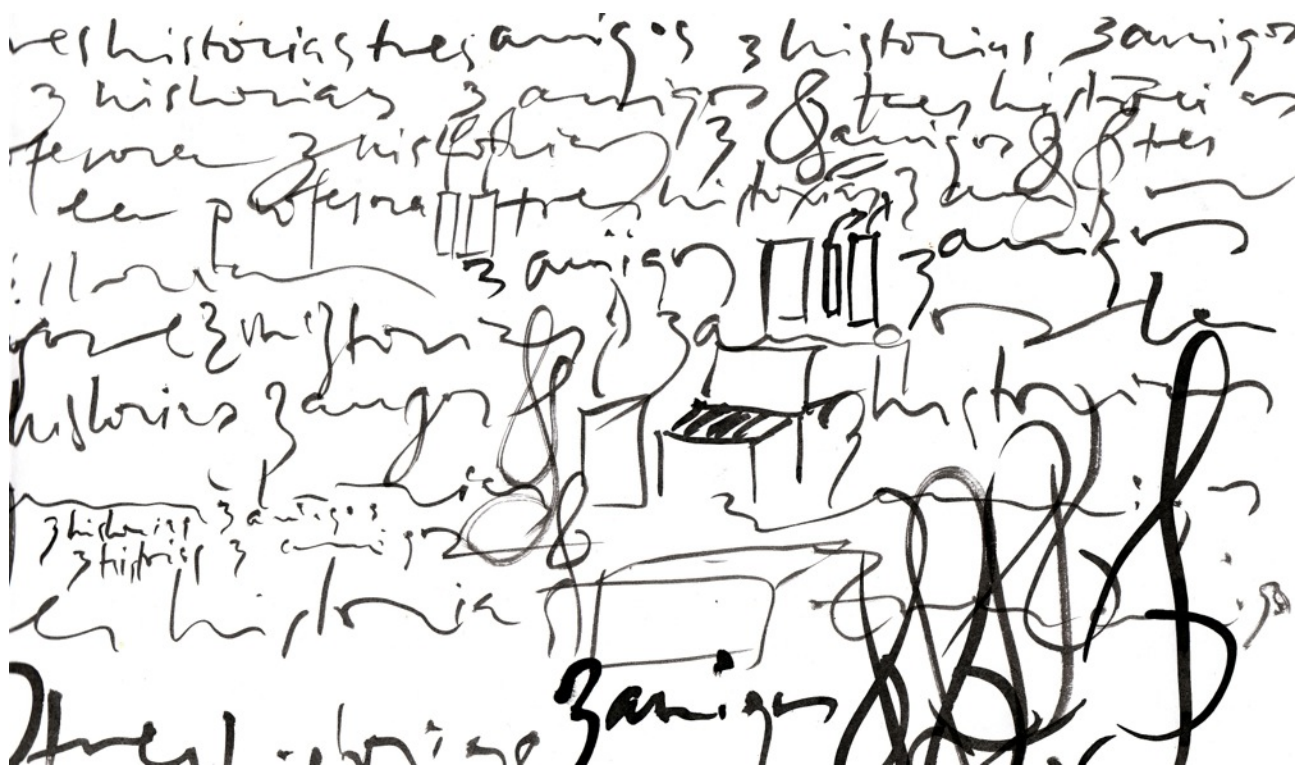
Ya era casi medianoche. Cuando estábamos en la esquina vimos salir a Florencia de su casa.

- ¿Adónde irá a esta hora?

- Vamos a seguirla sin que nos vea- propuse.

Fue un camino extraño pero familiar. A medida que pasaban las calles nos quedó claro que iba a la casa de la profesora.

- El asesino siempre vuelve al lugar del crimen- dijo uno de los dos. Es una frase que se dice mucho en las películas de detectives.



A pesar de lo que puede suponerse a primera vista, no fue nada complicado pasar desapercibidos. Ayudaba que Florencia iba escuchando música en su móvil, y la verdad, no parecía preocupada. Seguro que ni se imaginaba que estábamos a unos metros, escondiéndonos detrás de árboles, columnas y farolas, cabinas de teléfonos, o asientos de transportes públicos.

Por fin llegó a la casa de la profesora, durante un instante dudamos: ¿cuál sería la forma de entrar en la escena de un crimen del cual has participado? Sin embargo, tocó el timbre y fue la misma profesora resucitada quien le abrió.

- ¿Qué hacemos?- dije.

- ¿Cómo que qué hacemos?- casi grita Daniel- Entramos por la puerta de atrás, como siempre. Así que otra vez, a saltar el muro, atravesar el jardín y forzar la puerta.

La casa estaba en penumbras. Apenas se veía. De algún lado venían voces. “El Cabeza” no querrá que cuente esta parte pero la verdad es que avanzamos por el pasillo de la mano, estábamos nerviosos, muy nerviosos. No era exactamente miedo, era desconcierto. Nuestra compañera estaba en la escena de un crimen, teníamos pruebas, la asesinada se había cortado la cara y los brazos pero apareció resucitada, extraña pero intacta. Había una secta satánica. Y allí estábamos nosotros, dos pre-adolescentes colándonos en la casa donde sucedió todo. Una ráfaga de viento se coló por nuestra espalda.

Avanzamos lentamente. Pero no existía el silencio suficiente fuera como para adivinar lo que podía pasar. Se escuchaban coches pasar, sirenas lejanas, aviones, zumbidos de electrodomésticos, castañear de dientes, y un ruido extraño.

- Un ruido- susurré.

- Yo no he sido- contestó Daniel.

- Por aquí- sin soltarle la mano doblamos hacia un cuarto que tenía la puerta cerrada. Nos miramos y nos entendimos sin hablar. Tomé el picaporte y lo giré muy despacio, apenas pude evitar el “click” delator. Cuando la abrimos de par en par la habitación estaba en penumbras. Algo se movió en la cama. Una ventana abierta dejaba entrar el aire que movía las cortinas como si fuera un fantasma. Y hablando de fantasmas, de repente se puso de pie algo bastante parecido a eso: era la profesora de religión, vestida con un pijama blanco, pálida y demacrada, en un brazo dejaba ver una venda enorme que le cubría el corte, y otra venda enorme la cubría parte de la cabeza, sobre todo la frente, de la que se veía un parche manchado de sangre que casi le tapaba el ojo. Era ella, pero como la vimos el día de su asesinato, con las heridas que nos sorprendió que no tuviera cuando resucitó.

- ¿Qué hacen aquí?- gritó con la voz rota.

Supongo que es normal que nuestro valor se hubiera terminado tan pronto, pero cuando giramos dispuestos a salir corriendo, otra vez, a nuestras espaldas apareció otra profesora de religión, esta vez en su versión resucitada, sin cortes, heridas, ni vendas. Como si se tratara de un conjuro maligno, nos dijo con voz firme:

- ¿Qué hacen aquí?

Ojalá les pueda decir que no gritamos, pero no se nos ocurrió otra cosa. Por suerte duró poco, creo, quizás un par de minutos gritando es demasiado, la verdad es que estábamos asustados, sorprendidos, no entendíamos nada.

- Creo que yo puedo explicarlo- dijo desde la otra sala una voz familiar.

Cuando apareció Florencia en la escena, con su altura y sus ojos, juro que pensé que era muy hermosa a pesar que tener un instante de duda sobre lo que traía en su mano, pero era, sin duda, un enorme cuchillo.

- Vamos todos a la cocina- dijo. Y nosotros las seguimos esperando tener la oportunidad de escapar en cuanto se distrajeran, aunque estábamos rodeados por las dos profesoras, la muerta y la resucitada.

- Siéntense- ordenó una de ellas a nuestras espaldas.



Florencia levantó el cuchillo sobre la mesa y se puso a cortar una enorme pizza.

- A ver, ¿por dónde empezamos?- sonrió.

- Chicos- dijo la profesora asesinada- Les pido disculpas por el susto. Florencia nos explicó que estaban creando una historia imaginaria sobre mi accidente.

Daniel y yo nos mirábamos sin hablar. Por fin logré decir:

- ¿Historia imaginaria? ¿Acaso en este mismo instante no estoy viendo a dos profesoras de religión?

- Sí- sonrió- Disculpen, les presento a mi hermana Rocío. Somos gemelas.

- Pero tú--- - Daniel no quería perder la oportunidad de demostrar lo poco que sabíamos del caso, así que señaló a Florencia con un dedo acusador.

- ...Tú estuviste presente en la misa negra que hizo la secta satánica que envenenó a la profesora, donde se cayó en el espejo y se hizo todos esos cortes - soltó sin respirar.

Florencia sonrió otra vez y negó con la cabeza.

- Chicos, un poco de calma, dijo la profesora resucitada.

- Permítanme que se lo cuente rápidamente- agregó la profesora asesinada- Como ya habíamos hablado, a mí me encanta el heavy metal, el rock duro, y esas cosas. Lo que no les he contado aún es que soy la vocalista de un grupo. Lo que ustedes vieron era parte de la grabación de un video clip. Florencia estaba allí invitada por mí, ya que participa en el grupo de teatro y necesitábamos caras expresivas y como ella es alta, encapuchada pasaba

por un adulto más. Por eso el tema de los disfraces, el rito satánico, y el envenenamiento. Lo único que salió mal es que me dio un mareo y me caí sobre el espejo. Como ven me hizo muchos cortes. No sé si lo comprenderán, pero no podía aparecer toda cortada en las clases de religión. A mí no me gusta mentir, así que mi hermana Rocío se ofreció a sustituirme unos días, hablamos con el cura, le dije que tenía que viajar unos días, y que ella podía ocupar mi lugar.

- Todos sabían que era su hermana, salvo ustedes que por algún motivo ese día llegaron después de que el cura lo explicara- agregó Florencia.

- No entiendo nada, ¿y por qué nos dejaste armarnos esa paranoia de la resurrección?- le reproché a Florencia.

- Cuando me contaron que vieron lo de las capuchas, el asesinato, lo de las heridas, lo de la secta. No sabía si contarles o no la historia de la profesora sin consultarle a ella, por eso vine aquí a hablarle de ustedes- explicó nuestra amiga.

Era muy lógico. Y luego de pensarlo, solo cabía sentir vergüenza. Por un momento miré a “el Cabeza” como para reprocharle algo.

- La verdad es que Florencia nos decía que los llamáramos mañana y les explicáramos la historia. Que ustedes son de confianza y buenos chicos y sabrían guardar el secreto- dijo Rocío, que cada vez que la veía me parecía más igual a Fátima, su hermana.

- No digan más nada- dijo Daniel mirando hacia la pizza - Somos unos tontos.

Hubo un breve silencio y yo solté una risita. Florencia se contagié, y terminamos los tres a carcajadas.



Un final lleno de rock

Es pleno verano. Bajo el sol ardiente apenas se distingue la capilla de la iglesia. Los rayos rodean la campana que, inmóvil, espera la llegada de un poco de brisa fresca. Daniel y yo estamos completamente manchados de cal blanca. Miramos las paredes del patio de la parroquia. Nos llevó un par de días completos, pero ya habíamos acabado. La espalda me ardía por la exposición al sol, el brazo me temblaba, apenas tenía fuerza en la mano para sostener la brocha.

- "Terminamos", sonrió "el Cabeza".

Como tengo mucho sentido del ridículo no les voy a contar los ensayos, las discusiones previas, y todo lo aburrido y trabajoso que puede llegar a ser algo que cuando está terminado se transforma en apasionante. Lo cierto es que vale la pena el esfuerzo. Incluso la historia del asesinato y la resurrección de la profesora de religión, aunque haya sido una confusión que nos hizo pasar un poco de vergüenza, trajeron sus compensaciones. Una es haberles podido conocer para contárselos. Otra es que al final la amistad entre Daniel, Florencia y yo parece que va a durar muchos años. Y la que nos queda por vivir.

Después de un par de meses de ensayo, cuando ya cumplimos nuestra parte y pintamos todo el patio trasero de la iglesia, la señorita Fátima cumplió su parte y nos ayudó a formar un grupo de rock. Estamos comenzando y solo tenemos tres o cuatro canciones, pero son las suficientes para debutar hoy,

en la plaza del pueblo, en un festival a beneficio del orfanato que llevan unas monjas. No es un festival de verano de esos multitudinarios pero nosotros tampoco somos “Red Hot Chilli Peppers”.

Así que con Florencia tocando el bajo y yo la batería, Daniel se coloca delante con su teclado y sonamos bastante bien. Mientras conseguimos un guitarrista apropiado la señorita Fátima se ofreció a acompañarnos. Para ella es un compromiso. Queda extraña una profesora de religión tocando la guitarra eléctrica, y para los de su grupo de heavy metal, es rarísimo ver a su vocalista acompañando a unos jovencitos principiantes. Al cantar el primer tema, que no salió nada mal, Daniel nos presentó:

- Buenas tardes, somos “Los resucitados”. Y ahora vamos a tocar...

Desde mi batería puedo ver todo el panorama. El cura puso mala cara cuando escuchó el nombre, no le va a gustar, pensándolo bien un escándalo con la iglesia puede ser bueno para el marketing del grupo. También veo a Rocío, cada vez me impresiona más lo igual que es a la profe, no sabe nada de música y eso fue parte de lo que delató que no era la profesora original. Por allí en medio están nuestras familias, supongo que contentas de habernos anotado a las clases de religión, no porque fuésemos a ser muy religiosos sino por el grupo de amigos que hemos formado. En un costado también veo al grupo de rock de la profesora. Tienen pinta de duros, un poco góticos para mi gusto, pero parecen buena gente, lejos de la secta que creímos ver. Me gusta tocar la batería, y marcarle el ritmo a mi amigo Daniel, y más me gusta la complicidad que, para que sonemos bien, tengo que tener

con Florencia. En cada canción ella se gira, me guiña un ojo, o me sonríe, y yo tengo la sensación de estar en el cielo.



FIN

Otros libros publicados

Mi primer viaje al Sistema Solar

Viaje a las estrellas

La guerra de Troya

El descubrimiento de América

Amundsen, el explorador polar

Atlas infantil de Europa

Las malas pulgas

El reto

Descubriendo a Mozart

¡Sácame los colores!

La Historia y sus historias

Descubriendo a Dalí

Cocina a conciencia

Descubriendo a van Gogh

Apolo 11, objetivo la Luna

El lazarillo de Tormes

Descubriendo a Mondrian

Mi primer libro de historia

OVNI

La tortilla de patatas

Carlos V

**Con nuestros libros queremos hacer una educación más
divertida, alegre y al alcance de todos.**

¿Nos ayudas a conseguirlo?

<http://editorialweeble.com/colabora-con-nuestro-proyecto/>



2015 **EditorialWeeble**

Autor: Joaquín DHoldan
Ilustraciones: Ana Strauss

<http://editorialweeble.com>
info@editorialweeble.com

Madrid, España, noviembre 2015



Licencia:
Creative
Commons

Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 3.0
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>